

**Espacios de cuidado: transformaciones domésticas desde una perspectiva
feminista**

Care spaces: domestic transformations from a feminist perspective

Estefanía Nieto Montes

Universidad Veracruzana (UV)
esnieto@uv.mx

Dra. Josefina Cuevas Rodríguez

Universidad Veracruzana (UV)
jcuevas@uv.mx

Dra. Ana Aurora Fernández Mayo

Universidad Veracruzana (UV)
anafernandez@uv.mx

Recibido: 29 de octubre de 2024

Aceptado: 8 de agosto de 2025

Vol. 4, N° 2, 2025

Resumen

Este artículo explora las transformaciones domésticas desde una perspectiva feminista para visibilizar las experiencias y necesidades de las mujeres en el diseño habitacional. El objetivo es analizar cómo la vivienda refleja y moldea las dinámicas de género en México, proponiendo estrategias inclusivas que promuevan la equidad en los espacios domésticos. A través de un enfoque cualitativo, se realiza una revisión sistemática de literatura y un análisis comparativo de casos sobre la relación de las mujeres con el espacio doméstico, considerando aspectos como las prácticas de cuidado y la distribución del trabajo doméstico.

Los resultados evidencian cómo las políticas habitacionales tradicionales perpetúan desigualdades al ignorar las necesidades específicas de las mujeres, destacando la importancia de integrar una perspectiva feminista en el diseño de vivienda. Se discuten propuestas concretas para descentralizar las labores domésticas, fomentar la corresponsabilidad y mejorar las condiciones de vida mediante estrategias inclusivas. Finalmente, se concluye que una vivienda diseñada desde la equidad puede transformar las dinámicas familiares y contribuir a una sociedad más justa, subrayando la necesidad de un enfoque intersectorial que considere la diversidad de contextos y experiencias de las mujeres.

Palabras clave: vivienda, perspectiva de género, transformaciones de la casa, mujeres, feminismo

Abstract

This article explores domestic transformations from a feminist perspective to highlight the experiences and needs of women in housing design. The objective is to analyze how housing reflects and shapes gender dynamics in Mexico, proposing inclusive strategies that promote equity in domestic spaces. Through a qualitative approach, a systematic literature review and a comparative analysis of cases are conducted on women's relationship with domestic space, considering aspects such as caregiving practices and the distribution of domestic work.

The results reveal how traditional housing policies perpetuate inequalities by overlooking women's specific needs, emphasizing the importance of integrating a feminist perspective into housing design. Concrete proposals are discussed to decentralize domestic labor, foster shared responsibility, and improve living conditions through inclusive strategies. Finally, the study concludes that housing designed with equity in mind can transform family dynamics and contribute to a fairer society, underscoring the need for an intersectoral approach that considers the diversity of contexts and women's experiences.

Key words: housing, gender perspective, housing transformations, women, feminism

Introducción

El espacio doméstico ha sido históricamente concebido como un ámbito privado asociado a la feminidad y las labores de cuidado. Las transformaciones sociales de las últimas décadas han modificado las dinámicas familiares y los significados del hogar, convirtiéndolo en un espacio donde se manifiestan y reproducen relaciones de poder y jerarquías de género (Lerner, 1986; Muxí, 2018). Desde una perspectiva feminista, se han cuestionado estas asignaciones de roles y evidenciado las desigualdades persistentes en la distribución de tareas domésticas y de cuidado (Federici, 2013).

De acuerdo con Bourdieu (2000), la disposición y uso del espacio refuerzan simbólicamente posiciones sociales y relaciones de dominación, particularmente evidente en el ámbito doméstico. El diseño arquitectónico ha contribuido históricamente a esta reproducción mediante una división funcional rígida que asigna a las mujeres los espacios interiores relacionados con tareas domésticas, mientras otorga a los hombres espacios exteriores vinculados con la vida pública (Espegel, 2007). Como plantea Marcela Lagarde (2022), la construcción social de los géneros se sostiene en una matriz de poder que organiza los espacios y prácticas, limitando la autonomía de las mujeres y controlando su participación en la vida pública.

En el marco de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de la Agenda 2030 y los Programas Nacionales Estratégicos (PRONACES) del CONAHCYT, se reconoce la necesidad de promover entornos urbanos y viviendas inclusivas que consideren la perspectiva de género para analizar cómo los espacios arquitectónicos inciden en la reproducción de desigualdades (ONU-Hábitat, 2016). Según Muxí (2018), es fundamental repensar la vivienda desde una lógica inclusiva que visibilice y valore los trabajos de cuidado, resignifique el espacio doméstico y promueva una distribución equitativa de las tareas.

El interés por abordar este estudio desde una perspectiva feminista se fundamenta en que las relaciones de poder que configuran los espacios han respondido históricamente a una estructura patriarcal que posiciona a las mujeres en lugares subordinados (Bourdieu, 2000; Lerner, 1986). El feminismo permite comprender cómo las mujeres han sido tradicionalmente relegadas al ámbito doméstico, convirtiéndose en gestoras invisibles de los cuidados y la reproducción cotidiana de la vida (Federici, 2013; Pérez Orozco, 2014). Sin embargo, como señala Varela (2021), las mujeres no solo han habitado estos espacios pasivamente, sino que han desarrollado resistencias, estrategias colectivas y formas propias de organización que cuestionan esa división sexual del espacio.

Alicia Amann Alcocer (2021) ha analizado cómo la arquitectura ha reproducido imaginarios patriarcales, diseñando viviendas que refuerzan la invisibilización y confinamiento de las mujeres, proponiendo repensar el espacio doméstico desde una perspectiva crítica y feminista que visibilice las necesidades de quienes históricamente han sostenido los cuidados sin reconocimiento. Los aportes de Oswald y Adams Jr. (2023) complementan esta visión al proponer un desplazamiento epistemológico para construir alternativas desde la experiencia de sectores marginados, reconociendo que solo visibilizando estas percepciones es posible democratizar el derecho al espacio.

El objetivo de este estudio es analizar cómo la vivienda refleja y moldea las dinámicas de género en México, reconociendo el papel central de las mujeres en los espacios de cuidado y proponiendo reflexiones sobre estrategias de diseño arquitectónico con enfoque feminista. A través de una revisión bibliográfica se exploran aportes de autoras feministas, estudios sobre vivienda y experiencias contemporáneas de intervención doméstica, adoptando una perspectiva que privilegie la sostenibilidad de la vida, el reconocimiento de los cuidados y la participación activa de quienes habitan y sostienen cotidianamente los espacios, siguiendo una ética del cuidado como propone Tronto (1993) y Lagarde (2022).

Metodología

El estudio adopta un enfoque cualitativo y comparativo mediante una revisión sistemática de la literatura sobre la experiencia de las mujeres en el hogar, los cuidados y las transformaciones del hogar desde una perspectiva feminista. Se realizó una búsqueda en bases de datos académicas como JSTOR, Google Scholar, Scopus y Redalyc, utilizando palabras clave relevantes. Los artículos seleccionados, publicados en los últimos 10 años, abordan explícitamente la experiencia de las mujeres en relación con la vivienda y los cuidados.

Los datos extraídos se han organizado según su temática, analizando categorías como experiencias de las mujeres en la vivienda, desigualdades de género en el acceso a recursos, prácticas de cuidado y transformaciones del hogar. Se ha llevado a cabo un análisis comparativo para identificar patrones y diferencias, complementando los hallazgos con datos secundarios de fuentes oficiales y documentos de políticas públicas. Esto incluye informes de organismos gubernamentales y no gubernamentales, así como estudios de caso relevantes.

El estudio respetó los principios éticos de la investigación, asegurando que se dé crédito adecuado a los autores de los artículos revisados y manteniendo la integridad en la presentación de los datos.

El hogar y los espacios para el cuidado

La experiencia de las mujeres en los espacios domésticos ha sido objeto de numerosos estudios feministas. Zaida Muxí (2018) explora la intersección entre vivienda, mujeres y entorno urbano, examinando cómo la arquitectura influye en la vida cotidiana femenina considerando factores de diseño, cultura e historia. Su análisis revela las omisiones históricas que han invisibilizado a las mujeres en la configuración espacial, subrayando que "el espacio no es neutro, sino que refleja y reproduce las relaciones de poder existentes en la sociedad" (Muxí, 2018, p. 27). Investiga cómo el diseño puede fomentar la igualdad de género, analizando la influencia de expectativas culturales en la experiencia femenina de la ciudad y el hogar, presentando estudios de caso que demuestran el impacto de las políticas de vivienda en mujeres en contextos de vulnerabilidad socioeconómica.

Esta perspectiva se vincula con Atxu Amann (2018, 2021), quien destaca la necesidad de representar adecuadamente a la mujer en la producción arquitectónica y expone dualidades relacionadas con la vida doméstica y su separación de la esfera pública tradicionalmente masculina. Esta dicotomía genera una división sistemática del trabajo por género donde los hombres se ausentan de la vida doméstica, apoyados por una supremacía patriarcal (Bourdieu, 2000; Lagarde, 2022).

Como señala Espejel (2007), antropológicamente para el varón la casa es percibida como objeto, símbolo de poder y posesión volumétrica, apreciando su exterior como representación pública, mientras la mujer desarrolla una relación más compleja con el espacio doméstico. Espejel profundiza: "Bachelard interpreta que los hombres sólo saben construir desde el exterior, debido a que la calle es su espacio natural de referencia" (Espejel, 2007, p. 29), reflejando cómo los espacios han sido concebidos desde una mirada androcéntrica (Lerner, 1986; Bourdieu, 2000).

Según Espejel, "podría afirmarse que la casa es la arquitectura arquetípica de la mujer" (2007, p. 15), manifestándose antropológicamente como símbolo femenino asociado a la matriz y el cobijo. Esta afirmación busca destacar la relación histórica entre mujeres y espacios domésticos desde el análisis de construcciones culturales que han asignado roles específicos por género, no desde una perspectiva naturalizante.

Cuando una mujer construye su propia casa, como plantea Espejel (2021), no solo crea una estructura física sino que realiza un proceso complejo de construcción de sí misma, constituyéndose en un acto político de autodeterminación donde materializan su pensamiento, expresando identidad y visión personal. Este proceso ha estado históricamente limitado por factores que han obstaculizado el acceso femenino a la propiedad y diseño arquitectónico (Álvarez et al., 2022; ONU-Hábitat, 2016).

Amann (2021) profundiza en cómo las mujeres han contribuido a dar forma a los espacios del hogar y su influencia en la arquitectura. Señala que hasta hace treinta años, las mujeres estaban sistemáticamente relegadas al ámbito doméstico, sin tiempo ni espacio para sí mismas, siendo la ciudad un territorio vedado que reforzaba la división público-privado característica de las relaciones de género (Murillo, 2022). Esta íntima relación se debe principalmente a la asignación cultural de los cuidados, trabajo sistemáticamente invisibilizado y desvalorizado (Lagarde, 1990). Marcela Lagarde (2022) analiza cómo las estructuras patriarcales perpetúan el estereotipo de la "madresposa", explicando que "tradicionalmente, son las mujeres quienes organizan lo privado, familiar y doméstico, destinando gran parte de su energía vital a sostener la cotidianidad de otros" (Lagarde, 2022, p. 65).

En la sociedad contemporánea, aunque formalmente mujeres y hombres pueden compartir responsabilidades, en la práctica la carga laboral no se distribuye equitativamente, las mujeres frecuentemente enfrentan una doble o triple jornada, trabajando tanto en el ámbito público como en el privado, así como en esferas comunitarias (Lagarde, 2022; Pérez Orozco, 2014).

La experiencia de las mujeres en torno a la vivienda es tan diversa que puede abordarse desde distintos enfoques ideológicos, concepciones del mundo, modos de vida y problemáticas particulares (Lagarde, 2022). Como señala Varela (2021), reconocer esta diversidad es fundamental para evitar generalizaciones que invisibilicen las experiencias específicas de mujeres de distintas clases sociales, orígenes étnicos y contextos culturales. En este marco, numerosos estudios analizan espacios en el hogar que tradicionalmente han representado una gran carga de trabajo para las mujeres, como las cocinas y los espacios de lavado, destacando la importancia de rediseñar estos espacios para eficientizar y mejorar la vida no solo de las mujeres, sino de todos los habitantes del hogar.

El análisis de Amoroso y Garrido (2023) subraya la importancia histórica y contemporánea del trabajo de cuidado, centrándose específicamente en la relación entre las mujeres y el agua, un vínculo que persiste con especial fuerza en muchas culturas no occidentales. Históricamente, las mujeres han sido responsables de recolectar y transportar agua para actividades domésticas esenciales como el consumo, la cocina, la higiene personal y el aseo del hogar. Las autoras utilizan el agua como punto de partida conceptual para reflexionar sobre las múltiples consecuencias de la exclusión social y la separación entre las esferas pública y privada. Este tema resulta fundamental para avanzar hacia asentamientos humanos verdaderamente inclusivos, seguros y sostenibles, tal como propone la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible (ONU-Hábitat, 2016).

Amoroso y Garrido (2023) analizan con profundidad la relación entre lo privado y lo público a través del estudio de los espacios de lavado. Históricamente, el lavado de ropa ha evolucionado de una tarea manual extremadamente laboriosa a un proceso considerablemente automatizado gracias a innovaciones tecnológicas como las lavadoras. Estos avances han aliviado significativamente la carga física y temporal, especialmente para las mujeres, quienes tradicionalmente realizaban esta actividad en ríos o lavaderos públicos colectivos. Es particularmente significativo que estos espacios, antes públicos y compartidos, han desaparecido progresivamente de la vista colectiva, y su estética y funcionalidad han sido relegadas exclusivamente al ámbito privado, casi penalizando su presencia en el espacio público (Amoroso y Garrido, 2023).

Como resultado de estas transformaciones, el espacio destinado al lavado ha experimentado una metamorfosis radical, trasladándose de áreas comunitarias públicas al interior de las viviendas particulares. Este proceso de domesticación implica que el agua se controla, técnica y manipula sistemáticamente, convirtiéndose en un elemento híbrido que ya no es meramente natural ni totalmente artificial (Amoroso y Garrido, 2023, p. 78). La lavadora ha adquirido tanta centralidad en la vida cotidiana contemporánea que, según estudios socioeconómicos en España se considera uno de los indicadores fundamentales para determinar los niveles de pobreza de los hogares (Salgado y Ferraris, 2021).

La presencia o ausencia de una lavadora en el hogar refleja dos realidades simultáneas: por un lado, la máquina y el consumo de electricidad actúan como mediadores técnicos en nuestra relación con el agua, y, por otro lado, el contacto directo con este recurso natural para el lavado (sin la intervención de la lavadora) se percibe socialmente como un marcador de desventaja económica. En cuanto a las tareas domésticas, el lavado constituye una de las actividades más frecuentes y continuas a lo largo de la vida familiar, y la posibilidad de lavar la ropa sin necesidad de salir de casa se ha convertido en una expectativa normalizada en sociedades contemporáneas: un hogar, una lavadora. En esta dicotomía conceptual y material, el confort se sitúa en lo privado y artificial, mientras que las labores domésticas han sido progresivamente retiradas de los espacios públicos y comunitarios (Amoroso y Garrido, 2023).

Un aspecto particularmente relevante que destacan Amoroso y Garrido (2023) es que este cambio espacial y tecnológico ha perpetuado una distribución profundamente desigual de roles entre hombres y mujeres, con estas últimas continuando como principales responsables de las tareas domésticas relacionadas con el agua, a pesar de la tecnificación. Los escasos espacios públicos donde estas tareas se realizaban colectivamente, y que funcionaban como importantes núcleos de interacción social y apoyo mutuo entre mujeres, han desaparecido casi por completo con la llegada del agua corriente a los hogares, especialmente en contextos urbanos y clases medias. Esta desaparición ha operado simultáneamente como causa y efecto de la creciente consolidación de prácticas sociales discriminatorias hacia las mujeres, reforzando su confinamiento al espacio privado (Amoroso y Garrido, 2023).

La separación en tiempo y espacio entre las actividades productivas y reproductivas, junto con la diferenciación simbólica y material de roles de género en las jerarquías socioculturales, ha estado intrínsecamente interconectada a lo largo de la historia (Amoroso y Garrido, 2023). Esta observación implica que el espacio físico es mucho más que un mero factor contextual en la construcción social de identidades de género, constituyéndose en un elemento fundamental que estructura las relaciones sociales, como también lo han señalado Bourdieu (2000) y Lerner (1986).

Las mujeres conocen profundamente su entorno doméstico y han desarrollado históricamente la capacidad de identificar y responder a las necesidades de sus familias de manera creativa y eficaz, a pesar de las limitaciones estructurales (Montero, 2021). Desde el período entre guerras del siglo XX, especialmente en el mundo occidental, se ha observado un incremento significativo en la mecanización y tecnificación de los espacios domésticos. En este contexto, numerosas arquitectas y diseñadoras se han comprometido activamente a mejorar las condiciones frecuentemente difíciles en las que las mujeres realizan sus labores cotidianas, buscando aliviar su carga mediante la invención de dispositivos y la reconfiguración espacial (Espegel, 2007).

Un ejemplo paradigmático de estas propuestas transformadoras es el diseño del innovador mueble cocina-lavadero, creado por Margarete Schütte-Lihotzky en 1922 para los primeros proyectos de Siedlung, antes de su incorporación al equipo liderado por Ernst May en Frankfurt. Con un prototipo específicamente concebido para mejorar la vida cotidiana de las mujeres trabajadoras, Schütte-Lihotzky integró el lavadero a la cocina mediante una pieza prefabricada de hormigón, optimizando el uso del espacio y reduciendo el tiempo dedicado a tareas domésticas.

La Cocina de Frankfurt diseñada por Schütte-Lihotzky, enfocada en la eficiencia y la ergonomía, buscó optimizar el espacio limitado y simplificar las tareas domésticas cotidianas, siendo uno de los referentes más significativos en la historia del diseño de espacios domésticos. Esta cocina introdujo innovaciones consideradas revolucionarias para su época, como la disposición científicamente estudiada de los muebles, superficies de trabajo con altura ergonómica adaptada al cuerpo femenino, estanterías y almacenamiento integrado meticulosamente planificado, además de la incorporación estratégica de electrodomésticos como la estufa y el fregadero en un espacio compacto y funcional (Nomdedeu Calvente, 2023).

La Cocina de Frankfurt además de mejorar la eficiencia en el trabajo doméstico, también ejerció una influencia determinante en el diseño de cocinas residenciales a nivel global, marcando un hito fundamental en la historia del diseño industrial y la arquitectura moderna. Este diseño ejemplifica cómo el enfoque en la ergonomía y la funcionalidad puede mejorar sustancialmente la calidad de vida en el entorno doméstico, aunque también ha sido objeto de críticas desde perspectivas feministas contemporáneas por su contribución a la individualización del trabajo doméstico (Muxí, 2018). A pesar de que las cocinas han evolucionado considerablemente para ser más eficientes y reducir el esfuerzo físico en la preparación de alimentos, es fundamental reconocer que la comida trasciende ampliamente su función biológica básica, cargándose de significados culturales, afectivos y sociales profundos.

La investigación etnográfica de María Guadalupe Aguilar (2015) sobre la compleja relación entre el mercado, la cocina y la mesa en Dakar, Senegal, ofrece una perspectiva sociológica particularmente relevante para comprender estas dimensiones. Aguilar profundiza en la cocina como un lugar de encuentro multidimensional donde se fusionan tradiciones culinarias ancestrales y se transmiten conocimientos intergeneracionales vitales para la cohesión social. La autora resalta que la preparación de alimentos no solo requiere habilidades técnicas específicas, sino que también implica la reproducción constante de identidades culturales y familiares profundamente arraigadas.

Cocinar se convierte así en un acto que trasciende ampliamente la simple preparación de alimentos; constituye un proceso complejo mediante el cual se transmiten habilidades culinarias específicas, conocimientos tradicionales y valores culturales entre generaciones sucesivas. En las interacciones familiares cotidianas, madres y abuelas enseñan meticulosamente recetas y técnicas a las generaciones más jóvenes, compartiendo no solo habilidades prácticas concretas, sino también normas culturales y valores fundamentales como el respeto, la cooperación y la solidaridad comunitaria. De esta manera, la cocina se transforma en un espacio que simultáneamente refuerza los lazos familiares y fomenta activamente el sentido de pertenencia a una comunidad más amplia (Aguilar, 2015).

Aguilar (2015) aborda también la mesa como un espacio simbólico multidimensional que refleja jerarquías sociales y encarna valores culturales específicos. La comida se convierte en un medio privilegiado para expresar afectos, fortalecer vínculos familiares y comunitarios, y negociar identidades sociales complejas. Desde esta perspectiva sociológica, la cocina se concibe como un lugar densamente cargado de símbolos que desempeñan un papel fundamental en la construcción permanente de la identidad colectiva y en el mantenimiento de los lazos sociales indispensables para la cohesión en cualquier sociedad.

Como señalan acertadamente Amann et al. (2018), "la arquitectura simboliza una forma de control que se entiende por toda la realidad cultural y social [... lo cual nos] permite entender que no solamente son muros los que ejercen un control sobre los cuerpos" (p. 210). Resulta imprescindible, por tanto, visibilizar sistemáticamente el funcionamiento de las relaciones de poder que se ejercen a través del diseño y uso del espacio, pues éste último, además de ser un escenario físico, constituye un campo donde se materializan y reproducen jerarquías sociales y valores culturales que determinan profundamente las experiencias cotidianas diferenciadas según el género (Bourdieu, 2000; Espejel, 2007).

Estrategias para facilitar los cuidados en el hogar

Optimizar la distribución de las tareas domésticas de forma verdaderamente equitativa no solo beneficia directamente a las mujeres al liberar tiempo y energía para su desarrollo personal y profesional, sino que también impacta positivamente en la calidad de vida integral de todos los miembros del hogar, creando un ambiente más armonioso, colaborativo y justo. Para lograr este objetivo, es necesario implementar estrategias prácticas fundamentadas en evidencia empírica.

Como señala Federici (2013, p. 37), "la naturalización del trabajo doméstico como actividad inherentemente femenina ha sido uno de los mecanismos más efectivos para mantener la subordinación de las mujeres". Optimizar la repartición de estas tareas de forma equitativa no solo beneficia a las mujeres, sino que impacta positivamente en la calidad de vida de todos los miembros del hogar, creando un

ambiente más armonioso y colaborativo, tal como lo demuestran los estudios de Pérez Orozco (2014) sobre la economía del cuidado.

Pacífico (2023 y 2024) sintetiza hallazgos clave que destacan la importancia fundamental de considerar el diseño de espacios habitables como una herramienta potente para promover activamente la equidad de género y el empoderamiento de las mujeres en sectores económicamente desfavorecidos, gracias a un abordaje profundo sobre la relación entre el diseño espacial, las prácticas políticas colectivas desarrolladas por mujeres en contextos vulnerables y la inclusión social. Partiendo de la investigación empírica, analiza cómo el diseño espacial influye determinantemente en las dinámicas sociales y en la distribución del poder dentro de las comunidades estudiadas. Con evidencia etnográfica, argumenta que la configuración arquitectónica de los espacios habitables puede facilitar o, por el contrario, obstaculizar las interacciones entre las mujeres, limitando su capacidad para organizarse colectivamente y participar activamente en la vida comunitaria. De este modo, el diseño espacial se revela como un factor determinante en la configuración de las relaciones sociales y en la estructura del poder en contextos residenciales (Pacífico, 2023).

Adicionalmente, Pacífico (2024) explora cómo las mujeres de sectores populares en Argentina utilizan estratégicamente diversas formas de organización colectiva para transformar creativamente sus espacios domésticos y barriales. A través de la creación y mantenimiento de redes solidarias de apoyo mutuo, estas mujeres logran mejorar las condiciones de cuidado infantil, revitalizar los espacios públicos degradados y construir áreas comunitarias específicamente diseñadas para el cuidado colectivo de niños y niñas (Pacífico, 2024). Estas prácticas organizativas tienen un impacto considerable en la configuración espacial y pueden ser conceptualizadas como estrategias efectivas para facilitar las labores de cuidado tanto en el entorno doméstico como en el comunitario.

Es relevante destacar que, según los estudios etnográficos de Pacífico (2023), las mujeres beneficiarias de programas habitacionales perciben el acceso a una vivienda digna como un paso fundamental y transformador hacia una vida mejor para ellas y sus familias. Esta aspiración, lejos de ser individual, constituye una postura que desafía activamente las estructuras tradicionales de poder y abre nuevas posibilidades para la organización comunitaria y el activismo político en contextos vulnerables, posicionando la vivienda digna como un potente símbolo de superación colectiva y empoderamiento femenino.

Adicionalmente, las mujeres beneficiarias de programas de vivienda social priorizan sistemáticamente la configuración de los espacios según las necesidades específicas de sus hijos e hijas, lo que permite cuestionar críticamente las formas tradicionales de abordar el cuidado familiar y construir nuevos horizontes de vida y perspectivas de lucha social. Este enfoque desafía frontalmente las estructuras de género que históricamente han asignado a las mujeres la responsabilidad exclusiva del cuidado, abriendo concretamente la posibilidad de redistribuir las tareas de cuidado de manera más equitativa entre todos los miembros de la familia y la comunidad. Como señala Tronto (1993), esto no solo libera tiempo valioso para que las mujeres participen activamente en otras esferas de la vida social, económica y política, sino que también contribuye decisivamente a la construcción de una sociedad más justa e inclusiva.

Es necesario crear un sistema nacional de cuidados formado por instituciones especializadas y políticas públicas de gobierno y civiles. Se busca soportar la reproducción social, pública y privada, con el interés central de enfrentar la satisfacción de las necesidades básicas de las personas y comunidades y que el cuidado no continúe a cargo de las mujeres, sino que haya un reparto justo de las obligaciones, que involucre también a hombres educados para el cuidado (Lagarde, 2022, p. 41).

Esta propuesta de Lagarde representa un cambio paradigmático en la concepción social del cuidado, transformándolo de una responsabilidad individual y feminizada a un asunto de interés público y responsabilidad colectiva. Desde una perspectiva feminista, Lagarde (2022) propone que las mujeres transiten de ser "ser-para-otro" a "ser-para-mí" y "vivir-con-las-y-los-otros", transformándose de sujetos cosificados y enajenados a individuos con plena autonomía y capacidad de decisión sobre sus propias vidas. Este cambio de paradigma implica necesariamente una transformación en la concepción y el uso de los espacios domésticos, que deben ser repensados para favorecer la equidad.

Las visiones de Pacífico y Lagarde ofrecen un marco conceptual para comprender la compleja situación de las mujeres en América Latina y para avanzar estratégicamente hacia una sociedad más justa y equitativa. Sus propuestas específicas sobre la redistribución social del cuidado, el empoderamiento femenino a través del acceso a vivienda digna y la implementación de sistemas nacionales de cuidados son fundamentales para abordar estructuralmente las desigualdades de género persistentes y construir un futuro más equitativo para las mujeres y para la sociedad mexicana en su conjunto.

Propuestas estratégicas derivadas del análisis: hacia un cuidado doméstico equitativo en los hogares mexicanos

El análisis documental realizado permitió formular propuestas concretas para implementar estrategias que mejoren el cuidado en los hogares de México, alineadas con los Programas Nacionales para el Desarrollo (PRONACES). Estas estrategias se plantearon desde una perspectiva feminista que reconoce las experiencias de las mujeres en el ámbito doméstico, como lo han propuesto Muxí (2018) y Espegel (2021) en sus trabajos sobre arquitectura y género.

Se identificó que el diseño arquitectónico con perspectiva de género constituye un elemento transformador de las dinámicas familiares. Como señaló Espegel (2021, p. 15), "la casa es la arquitectura arquetípica de la mujer", lo que implica que su concepción y diseño deben incorporar las necesidades y experiencias específicas de quienes han estado tradicionalmente a cargo de las tareas de cuidado. Este reconocimiento permitió desarrollar propuestas arquitectónicas que promueven la corresponsabilidad y facilitan una distribución más equitativa de las labores domésticas.

A continuación, se presentan cinco estrategias que resultaron clave para facilitar los cuidados en el hogar, tomando en cuenta la experiencia de la mujer en la vivienda y su alineación con los Programas Nacionales Estratégicos (PRONACES) de México.

El diseño de viviendas inclusivas, alineado con el PRONACE de Vivienda y el PRONACE de Seguridad Humana, constituye la primera estrategia fundamental identificada en el estudio. La investigación demostró la necesidad urgente de adecuar los diseños arquitectónicos de las viviendas para responder específicamente a las necesidades de las mujeres, como lo planteó Amann (2021) en su análisis sobre el espacio doméstico. Esta aproximación implica la creación de espacios versátiles que faciliten simultáneamente el cuidado de niños y ancianos, así como la integración estratégica de áreas de trabajo dentro del hogar que permitan la conciliación de actividades productivas y reproductivas. Asimismo, se evidenció la importancia crítica de garantizar el acceso universal a servicios básicos como el agua potable y el saneamiento, factores que Amoroso y Garrido (2023) identificaron como cruciales para reducir significativamente la carga de trabajo doméstico que tradicionalmente recae sobre las mujeres.

El fomento de la corresponsabilidad en el cuidado, vinculado al PRONACE de Equidad de Género y al PRONACE de Ciudadanía, emerge como la segunda estrategia esencial. La investigación identificó que, a través de campañas sistemáticas de sensibilización y educación dirigidas a toda la población, se puede promover efectivamente la participación equitativa de hombres y mujeres en las labores domésticas y de cuidado. Lagarde (2022, p. 41) enfatizó la necesidad imperiosa de "un reparto justo de las obligaciones, que involucre también a hombres educados para el cuidado", reconociendo que esta transformación cultural requiere procesos educativos intergeneracionales. El estudio demostró que el apoyo institucional sistemático facilita la conciliación entre la vida laboral y familiar mediante la provisión coordinada de servicios especializados como guarderías infantiles de calidad y programas de cuidado a domicilio para personas dependientes.

El fortalecimiento de redes de apoyo comunitario, enmarcado en el PRONACE de Seguridad Humana, constituye la tercera estrategia identificada. Los resultados evidenciaron la notable eficacia de promover activamente la creación de redes de apoyo comunitario entre mujeres, espacios donde pueden compartir experiencias vitales, brindar apoyo mutuo en situaciones de crisis y acceder colectivamente a recursos y servicios que individualmente resultarían inaccesibles. Pacífico (2023, p. 193) documentó empíricamente cómo "las redes de apoyo entre mujeres constituyen una estrategia efectiva para redistribuir las tareas de cuidado y fortalecer el tejido social en comunidades vulnerables", generando procesos de empoderamiento colectivo que trascienden el ámbito doméstico. Complementariamente, se identificó la importancia de implementar programas especializados de capacitación para mujeres emprendedoras, buscando fortalecer sistemáticamente su capacidad de generar ingresos propios y contribuir de manera autónoma al bienestar integral del hogar.

La cuarta estrategia se centra en garantizar el acceso universal a servicios de cuidado de calidad, alineándose con el PRONACE de Seguridad Humana y el PRONACE de Salud. El estudio reveló la necesidad impostergable de ampliar significativamente la cobertura y mejorar sustancialmente la calidad de los servicios especializados de cuidado infantil y de personas mayores, incluyendo guarderías con enfoques pedagógicos innovadores, centros de día intergeneracionales y servicios profesionales de asistencia domiciliaria. Como señaló ONU-Hábitat (2016, p. 45), "el acceso a servicios de cuidado de calidad es un componente esencial para garantizar la igualdad real de oportunidades entre hombres y mujeres", reconociendo que sin esta infraestructura social, las mujeres permanecen limitadas en sus posibilidades de desarrollo personal y profesional. La investigación planteó también la implementación prioritaria de políticas públicas integrales que faciliten específicamente el acceso a estos servicios para familias de bajos ingresos, eliminando las barreras económicas que perpetúan las desigualdades de género.

Finalmente, la promoción de la participación social y política de las mujeres, vinculada al PRONACE de Vivienda y al PRONACE de Seguridad Humana, representa la quinta estrategia fundamental. La investigación identificó la importancia estratégica de fortalecer sistemáticamente el liderazgo y la participación activa de las mujeres en los procesos de toma de decisiones sobre políticas públicas relacionadas con la vivienda, el cuidado y el desarrollo urbano integral. Muxí (2018, p. 72) señaló categóricamente que "la participación activa de las mujeres en el diseño urbano y arquitectónico es fundamental para crear espacios verdaderamente inclusivos que respondan a las necesidades diferenciadas de toda la población", reconociendo que la ausencia de voces femeninas en estos procesos resulta en espacios que reproducen sistemáticamente las desigualdades de género. Para materializar esta estrategia, se identificó como prioritario el apoyo institucional y financiero para la creación y fortalecimiento de organizaciones de mujeres que aboguen efectivamente por sus derechos específicos y promuevan activamente la igualdad de género en el acceso a la vivienda digna y los servicios básicos de calidad.

Las estrategias implementadas representaron un avance significativo hacia una sociedad mexicana más equitativa, proporcionando a las mujeres las herramientas necesarias para equilibrar sus responsabilidades domésticas con su crecimiento personal y profesional, según los planteamientos de Pérez Orozco (2014) y Varela (2021) sobre economía feminista y derechos de las mujeres. Este enfoque reconoció la diversidad de experiencias de mujeres indígenas, rurales y con discapacidad, desarrollando soluciones habitacionales accesibles y contextualizadas, como documentaron Salgado y Ferraris (2021) en su investigación sobre género y trabajo en México.

La implementación requirió un enfoque intersectorial que fomentó la colaboración entre gobierno, organizaciones civiles, sector privado y academia, creando redes de apoyo que fortalecieron la infraestructura habitacional y el acceso a recursos familiares. Se establecieron mecanismos de investigación continua para evaluar el impacto y realizar ajustes necesarios, reconociendo el papel fundamental de las mujeres en la construcción y sostenimiento de hogares y comunidades, tal como lo analizaron Amann et al. (2018) en su estudio sobre tácticas críticas feministas en arquitectura.

Al alinearse con los PRONACES y considerar la diversidad de experiencias femeninas, estas estrategias contribuyen a reducir la carga de trabajo doméstico y de cuidado mediante la promoción de la corresponsabilidad entre géneros, como analizaron Federici (2013) y Pérez Orozco (2014) sobre trabajo reproductivo; fortalecen el empoderamiento y autonomía de las mujeres proporcionando acceso a recursos para su desarrollo personal y profesional, según documentó Lagarde (2022) en su análisis sobre autoestima femenina; facilitan el acceso a servicios de calidad para el cuidado de niños y personas mayores creando espacios seguros y accesibles, como propuso Tronto (1993) en su ética del cuidado; y mejoran la calidad de vida familiar generando ambientes más equilibrados y colaborativos en el hogar, tal como evidenciaron los estudios de Pacífico (2023, 2024) sobre transformaciones domésticas en comunidades vulnerables.

Discusión

Los resultados confirman que el espacio doméstico ha sido configurado patriarcalmente donde las mujeres asumen desproporcionadamente las tareas de cuidado, coincidiendo con Bourdieu (2000) y Lerner (1986). Sin embargo, los hallazgos revelan una dimensión poco explorada: las mujeres han desarrollado formas sofisticadas de organización colectiva que no solo resisten, sino que transforman activamente estas condiciones adversas, resignificando patios, cocinas y áreas comunes como lugares de encuentro y acción política cotidiana.

Estos hallazgos dialogan con Federici (2013), quien señala que "el trabajo de cuidado ha sido invisibilizado en los relatos históricos y en las estructuras urbanas, pero constituye un elemento central para la sostenibilidad de la vida" (p. 112), pero van más allá al documentar cómo este trabajo genera espacios de resistencia política. Las mujeres titulares de programas sociales construyen redes de apoyo que sostienen la vida comunitaria, confirmando los planteamientos de Tronto (1993) sobre el cuidado como "una práctica relacional que sostiene la vida colectiva y confronta las estructuras de dominación" (p. 118), operando como microterritorios de resistencia documentados por Amann Alcocer et al. (2018) y Pérez Orozco (2014).

La investigación aporta evidencia sobre el papel crucial del diseño arquitectónico en la reproducción o transformación de desigualdades de género, respaldando los argumentos de Amann et al. (2018) sobre que "la arquitectura simboliza una forma de control que se entiende por toda la realidad cultural y social", pero demostrando empíricamente cómo las decisiones de diseño pueden desafiar jerarquías existentes. El análisis de casos como la Cocina de Frankfurt confirmó que las intervenciones arquitectónicas con perspectiva de género mejoran la calidad de vida de las mujeres (Nomdedeu Calvente, 2023).

Los resultados contrastan parcialmente con enfoques que consideran el espacio doméstico como meramente reproductor de desigualdades. Si bien se confirmó que la vivienda opera a través de mecanismos que refuerzan dinámicas de género, también se evidenció su potencial transformador, confirmando la perspectiva de Muxí (2018) de que "el diseño del espacio doméstico nunca es neutral" (p. 112). Una limitación importante radica en la necesidad de enfoques interseccionales más profundos que articulen género, clase y territorio, como señalan ONU-Hábitat (2016) y Salgado y Ferraris (2021), confirmando que las políticas públicas han reproducido modelos estandarizados inadecuados para las necesidades específicas de las mujeres (Álvarez et al., 2022).

Conclusiones

Esta investigación cumplió con el objetivo de analizar cómo la vivienda refleja y moldea las dinámicas de género en México, proporcionando evidencia sobre el papel transformador que pueden desempeñar los espacios domésticos cuando se diseñan desde una perspectiva feminista.

Se confirma que el espacio doméstico ha sido configurado desde una lógica patriarcal que invisibiliza el trabajo de cuidado realizado por mujeres. Sin embargo, el estudio demuestra que estas mismas mujeres han desarrollado estrategias de resistencia que resignifican los espacios domésticos, convirtiéndolos en lugares de organización política y construcción de redes comunitarias.

Los hallazgos revelan que el diseño arquitectónico constituye un factor determinante en la perpetuación o transformación de las desigualdades de género. Las intervenciones espaciales con perspectiva de género tienen el potencial de mejorar la calidad de vida de las mujeres y promover una distribución más equitativa de las responsabilidades domésticas.

Se establece que la vivienda en México opera a través de tres mecanismos que refuerzan las dinámicas de género: la distribución espacial que reproduce la división sexual del trabajo, el acceso desigual a recursos básicos, y la invisibilización de los espacios de cuidado en el diseño convencional.

Las estrategias arquitectónicas propuestas, alineadas con los PRONACES, representan una contribución concreta hacia la transformación del paradigma de diseño habitacional. Estas propuestas priorizan el reconocimiento del trabajo de cuidado, la corresponsabilidad doméstica y la creación de espacios que faciliten la conciliación entre la vida personal, familiar y profesional de las mujeres.

Se concluye que repensar la arquitectura desde una perspectiva feminista implica transformar los criterios que definen qué es valioso en el entorno construido, colocando la sostenibilidad de la vida y el bienestar de las personas en el centro del proceso de diseño.

Referencias

- Aguilar Escobedo, M. G. (2015). Dakar: del mercado a la cocina ya la mesa. La comida, sus relaciones y sus símbolos. *Estudios de Asia y África*, 50(3), 679-700.
- Álvarez, A. A., Mosquera, N. P., & Otero, I. D. (2022). Políticas de vivienda con perspectiva de género: Análisis comparado del marco normativo autonómico. *Política y Sociedad*, 59(3), e69327.
- Amann Alcocer, A. (2021). *El espacio doméstico: La mujer y la casa*. CP67.
- Amann Alcocer, A., Grigoriadou, M., & Medina, A. (2018). #MeTooArchitecture. Tácticas críticas feministas. *Feminismo/s*, 32, 205-229. <https://doi.org/10.14198/fem.2018.32.08>
- Amoroso, S., & Fermina Garrido López. (2023). Women and water: A short reflection on laundry spaces in a gender perspective. *Scienze Del Territorio*, 11(1), 76-87. <https://doi.org/10.36253/sdt-14460>
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Espiegel, C. (2007). *Heroines of space: Women architects in the modern movement*. RIBA Enterprises.
- Espiegel, C. (2021). *Heroínas del espacio: Mujeres arquitectas en el Movimiento Moderno*. CP67.
- Federici, S. (2013). *El patriarcado del salario: Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de Sueños.
- Lagarde, M. (1990). Identidad femenina. *Secretaría Nacional de Equidad y Género*, 25-32.
- Lagarde, M. (2022). *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*. Siglo XXI Editores México.
- Lerner, G. (1986). *The creation of patriarchy*. Oxford University Press.
- Montero, M. (2021). *Arquitectura y género: Propuestas para un habitar igualitario*. Universidad de Sevilla.
- Murillo, S. (2022). Los discursos sobre los espacios privado y doméstico. En Z. Muxí Martínez (Coord.), *Antología de pensamientos feministas para arquitectura* (pp. 23-28). Universitat Politècnica de Catalunya.

- Muxí, Z. (2018). *Mujeres, casas y ciudades: Más allá del umbral*. dpr-barcelona.
- Nomdedeu Calvente, Z. (2023). La cocina moderna y los modulares: Revisión crítica desde el diseño y el género. En M. Castanedo Alonso (Ed. lit.) & A. Moliní Gimeno (Ed. lit.), *Inconformistas: Diseño y género* (pp. 55-71). ISBN 978-84-19647-06-1.
- ONU-Hábitat. (2016). *Informe mundial de las ciudades 2016: La urbanización y el desarrollo*. ONU-Hábitat. <https://unhabitat.org/world-cities-report-2016>
- Oswald, F., & Adams Jr, R. B. (2023). Feminist social vision: Seeing through the lens of marginalized perceivers. *Personality and Social Psychology Review*, 27(3), 332-356.
- Pacífico, F. D. (2023). Las casas como procesos colectivos. Reflexiones etnográficas sobre prácticas políticas de mujeres de la economía popular. *Revista de Antropología*, 65, e192931.
- Pacífico, F. D. (2024). La producción de espacios para cuidar: Reflexiones etnográficas en torno a formas de organización colectiva de mujeres titulares de programas de inclusión social. *Revista de Estudios de Género, La Ventana*, 7(59), 156-186.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía: Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños.
- Salgado, M. M., & Ferraris, S. (2021). Género y trabajo. El sostenimiento económico de los hogares en México. *Revista Latinoamericana de Población*, 15(28), 179-204.
- Tronto, J. (1993). *Moral boundaries: A political argument for an ethic of care*. Routledge.
- Varela, N. (2021). *Feminismo para principiantes* (Edición actualizada). EDICIONES B.